

## **Un corazón abierto al otro para acoger su riqueza**

Caminando juntos hacia un futuro de toda la humanidad con Cristo

“El corazón habla al corazón”, este era el lema cardenalicio del beato John Henry Newman. Esta “conversión” del corazón nos da una perspectiva de lo que él entendía como vida cristiana: una llamada a la santidad, es decir, el deseo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios, lo que le llevaba a creer que la verdadera comunicación entre personas iba más allá de la inteligencia.

El lenguaje del corazón es distinto al de la mente. Es el primer enriquecimiento que encontramos en el ser humano. Amor y razón son palabras que no están contrapuestas, dos palabras que han de “vivir” en perfecta *armonía* para “obrar” con coherencia, para dar testimonio.

En esta concordancia está el secreto de la santidad a la que Dios nos llama.

Dicha coherencia de vida nos hace “uno”: el “ver”, el “escuchar”, el “palpar” “vibran” unidos en un mismo latido que nos abre horizontes nuevos, nos hace salir de nosotros mismos para “considerar”, para “saborear” todo lo creado por Dios, desde el punto de vista de Dios.

El Papa Francisco habla de la Iglesia católica (universal) como una “*casa de armonía*” donde la unidad y la diversidad hábilmente combinan entre sí para ser plenitud. Y nos pone el ejemplo de una sinfonía. Diferentes instrumentos que *tocan* juntos, conservando cada uno su timbre inconfundible, donde la peculiaridad de cada instrumento es aprovechada al máximo. Es el “director” el que los guía, el que los une para producir esa “armonía sinfónica”, que llega a todos en su máximo esplendor. (*Catequesis, octubre de 2013*)

María Oliva, cuando pensaba en la Obra que custodiaba en el pensamiento y en el corazón fruto de la gracia recibida el día de Corpus Christi, decía: “...ofrecer a Dios la primicia de una Obra que reuniera en sí todos *los perfumes de las otras*: el espíritu de contemplación, de mortificación, de pobreza, de apostolado, de amor, de obediencia, de adhesión a la Iglesia...”; diversos carismas pero un mismo Espíritu. Es el Espíritu Santo quien suscita la diversidad, la multiplicidad; lo que en apariencia parecería desorden, bajo su guía es un gran bien que nos impulsa a vivir esa diversidad en la comunión de la Iglesia.

Lo creado: la *armonía* de la música, la *semilla* de los dones recibidos, la *belleza* de la naturaleza, la *grandeza* del alma de un pueblo..., nos pide abrir el corazón. Cualquier pequeño detalle nos puede conducir a una “*trascendencia*”, sólo hemos de andar “*contemplando*”. Particularmente, veo mi vida como un día, una semana, un tiempo “caminando” por lo creado, reflexionando sobre su hermosura: el ser humano, los otros seres vivos, la naturaleza... La luz del sol nos hace descubrir los diferentes tonos de luminosidad de un mismo color en las hojas de los árboles; la brisa, el perfume de las flores; el silencio, el canto gozoso de los pájaros; el obrar del hombre, la imagen de Dios.

También veo ese tiempo poniendo la “mirada atenta” en el Creador para descubrirle en todo lo que me rodea. La contemplación del Rostro de Dios nos lleva a descubrir otro rostro, el de los hermanos. El Papa Benedicto XVI en su visita al santuario de la Santa Faz de Manoppello (Pescara) en Italia donde se venera el icono del Santo Rostro de Cristo, invitó a todos a buscar “ese rostro” y contó un relato del que hago una síntesis:

Un pintor que hacía cuadros perfectos, una noche soñó al Señor que le pedía que pintara su cara, a lo que el artista se disculpó diciendo que no encontraría ningún modelo que tuviera su hermosura. El Señor le invitó a buscarlo pues sí existía.

Al día siguiente, el artista empieza a buscar en su ciudad y no lo encuentra, busca en otras ciudades y tampoco lo encuentra, viaja por diversos países, busca afanosamente pero nada. Cansado, vuelve a soñar con el Señor y le dice: la he buscado bien pero ha sido inútil: uno tiene la nariz larga, el otro la piel arrugada, el otro...

El Señor le dice que no ha buscado bien su cara pues siempre la ha buscado con malos ojos y, por eso, sólo veía los defectos de las personas. Si te hubieras detenido en sus virtudes, la habrías descubierto pues en cada una de ellas hubieras encontrado mi belleza. El artista, al despertar, fue pintando las diversas virtudes que iba descubriendo, resultando un muy hermoso cuadro: el rostro de Cristo.

Esas virtudes se cultivan:

- empezando con la “siembra” en nuestro corazón, “formar” la faz de Cristo en cada uno de nosotros para poder llegar al otro. La *Lectio* nos lleva a esta siembra que va forjando esa imagen de Dios en cada uno de nosotros.
- leyendo los signos de los tiempos, es decir, aprendiendo a “cosechar” en nosotros la semilla que Dios planta a través de los acontecimientos, *compartiendo* la faz de Cristo reflejada en el otro.
- testimoniando lo que se vive; trabajando para *formar a Cristo en las almas*. Mi actitud es la que llevará a Jesús al otro, no mis palabras, no mi “poder” de convencimiento, esto es algo pasajero, lo otro perdura.

Es en ese estar abierto al otro, es en ese procurar “leer” en su mirada, en su silencio, en su hablar, en su andar, en su actuar, donde descubro la persona de Cristo para acogerla y caminar juntos. La Iglesia comenzó cuando unos pescadores se dejaron conquistar por una mirada, una voz, una invitación cordial y fuerte. (Benedicto XVI en “La Iglesia, rostro de Cristo”)

Quisiera introducir este inciso al texto que ya tenía terminado en el momento en que se produjo el atentado terrorista en Barcelona. Me encontraba releándolo y repasando lo traducido por mí al italiano, aprovechando un tiempo antes de salir de casa para encontrarme con una persona. El atentado lo impidió: cerrados, sin poder salir de casa, todo vigilado y acordonado. Mientras veía las noticias y oía el ruido de sirenas y helicópteros, mi mente se preguntaba: “Hay que perdonar setenta veces siete como hemos proclamado en la lectura evangélica de hoy”? “Señor, por qué?”. “Amor y razón no iban de la mano”. Sigo, así, hasta que me encuentro con el pasaje de la cananea, fragmento que nos presenta la liturgia unos días después.

El evangelio nos habla de una mujer pagana, no judía, que se acerca a Jesús y pide la curación de su hija y lo hace con las mismas palabras con las que lo hizo el ciego de Jericó o como cuando aclamaron a Jesús en Jerusalén: *Señor, Hijo de David*. Jesús parece como que guarda las distancias, está en su mundo, es judío; la mujer que, seguramente, había oído hablar de Jesús, sale de su “mundo pagano”, sigue insistiendo con palabras judías: “*Señor, socórreme*”, mismas palabras que le dijo Pedro cuando se hundía en el lago. Jesús, ante tanta insistencia, rompe las barreras, su corazón se abre al de la mujer que espera confiado y esos dos corazones abiertos se unen para buscar el bien de la persona, produciéndose el milagro: la salvación de la hija.

Dice Madre María Oliva: *para eso hemos nacido los Hijos de la Iglesia: la salvación de las almas*. Será el “Cristo” que cada uno “cultive” en su interior lo que hará crecer a la Fraternidad. La “aventura” de los Apóstoles comienza como un encuentro de personas que se abren recíprocamente, “viven” a Cristo y esta “experiencia” será una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo que nos ha de llevar a la Unidad.

Esto es lo mismo que veía M.M.O. y su vida está salpicada de acciones que son pinceladas de unos rasgos que van delineando la silueta de la faz de Cristo: la Iglesia. Que bello ver a los Hijos de la Iglesia esparcidos por el mundo dibujando, unidos, en ese lienzo, proyectando entre todos un icono que plasme el Cuerpo Místico de Cristo.

Dejadme citar aquí, nuevamente, palabras del beato John Henry Newman: *Dios me ha encomendado algo que no le ha sido confiado a otro*. Tengo mi propia misión. Puede que nunca la conozca en esta vida, pero se me dirá cuál fue en la próxima... Tengo un papel que desempeñar en este gran lienzo, Él no me ha creado en vano.

Seamos fieles al carisma. Construyamos puentes que nos ayuden a compartir estructuras y programas desde el enriquecimiento que emana de la diversidad. La Fraternidad no es un núcleo cerrado; donde existe Amor hay crecimiento, expansión, comunicación, nos encontramos “unidos” en Cenáculo para contribuir a la universalidad, a una verdadera unidad en la diversidad, unidad en la fecundidad de las culturas siempre unidos en Cristo, compartiendo para ayudarnos a crecer y dar lugar a un nuevo “Pentecostés”: conocer, amar y testimoniar la Iglesia.

Maria Teresa Vives,

Responsable de las fraternidades de los Hijos de la Iglesia de Barcelona - España